



Acción Católica es misión
L'Action Catholique, c'est la mission
Catholic Action is mission
Azione Cattolica è missione
con tutti e per tutti
II International Congress
Rome | Vatican City | 27-30 April 2017

*Con la brújula de la Evangelii gaudium:
la Acción Católica escuela
de discípulos misioneros*

Stella Morra
teóloga, Pontificia Universidad Gregoriana

Mantener las palabras y la Palabra...

Hay un rol, en los ritos litúrgicos solemnes, que siempre me impacta como imagen bella que es: es el del ministro que sostiene el libro, con frecuencia apoyándolo sobre su propia frente, para que el preside pueda leer. Del libro sus ojos ven (¡poseen!) sólo la tapa del libro, la parte posterior... ¡para él está cerrada y no significa nada! Pero este servicio hace posible que el que preside proclame con alta voz, de tal modo que sus oídos y los de toda la asamblea puedan recibir el don de las palabras, y así el corazón y la mente se nutren.

Me gusta imaginar así a la Acción Católica: gente que sabe sostener el libro de las palabras del mundo para que la Iglesia lo lea, gente que sabe sostener el Libro de la Palabra (con la P mayúscula) para que el mundo lo lea... pero sobre todo gente que sabe sostener el gran libro de la historia para que hombres y mujeres, creyentes o no, puedan continuamente enseñarse mutuamente a reconocer mejor las obras de misericordia que Dios hace para todos nosotros.

Gente, entonces, que no pone su propia identidad en el control y en la posesión que ejercen los ojos, sino en el cansancio de las manos y de la mente, y en la gratitud de los oídos: razones del corazón y pasión de la inteligencia para un servicio que nos hace a todos, dentro y fuera de las iglesias, cada vez más pueblo, dándonos un idioma, una memoria y una identidad compartida.

Como dice *Evangelii Gaudium*, en el número 87: «... sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea un poco caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. [...] Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien».

Me gustaría tratar de indicar brevemente algunos rasgos por los cuales la Acción Católica, a causa de las cuatro notas indicadas por monseñor García y que son su identidad conciliar, puede ser motor decisivo y lugar propio de servicio a un libro para leer juntos.

Razones del corazón

En general, nuestro corazón es claro y bueno: en el fondo, nadie puede extirpar el deseo de amor, de paz y de bondad que lo animan. Y la gente de Acción Católica, además, tiene un corazón grande y pasiones generosas.

Pero en un tiempo de transiciones culturales y de desafíos como el que es nuestro hoy de la salvación, en este tiempo complejo, estamos llamados a encontrar “razones” del corazón: gestos y palabras, formas concretas comprensibles y comunicables, motivables, que no están motivadas solamente por buenas intenciones, sino también realmente por razones, es decir, por algo que también los otros puedan ver y comprender, recibir y reconocer en ellas... justamente un libro leíble.

Quiero señalar solamente tres, que me parece que son típicas de la Acción Católica y particularmente urgentes:

- Recordar que cada persona que encontramos es un sujeto poseedor de dignidad y de historia, no es un “tú” destinatario de algo que “yo” decido, sino un “yo” que encuentra a otro “yo”, con su

sensibilidad, su vida y sus palabras: ¡que nos lee, está de pie! Y no sólo en las relaciones personales, sino en los modos, en los tiempos, en las organizaciones, en las propuestas, en nuestro actuar como organización (¡y como Iglesia!). Frente a nosotros no hay “gente” o “lejanos”; más bien junto a nosotros hay personas, entrelazadas por la misma materia que la mía. Debemos preguntarnos siempre: ¿si lo que proponemos me fuese propuesto a mí, que efecto me provocaría?

- Recordar que cada persona es portadora de una historia y que compartir realmente una historia requiere tiempo, paciencia, respeto, cosas hechas juntos, confianza que crece: las palabras intercambiadas son sólo una dimensión, pero nadie (¡ni siquiera nosotros!) cambia su propia vida porque “ha entendido”. Cambiamos cuando y porque nuestra vida es reconocida, acogida, amada y desde dentro de sí misma puede permitir entonces que florezca lo mejor posible. Aunque en este caso no se trata solamente de relaciones personales, siempre indispensables, sino de hacer una elección de estilo organizativo; debemos preguntarnos siempre: ¿qué resultado estoy buscando realmente?
- Recordar que la vida y la benevolencia cansan. Parece una observación banal, pero para mí no lo es: habituarse a dormir tranquilos y a vivir sin escatimar esfuerzos, contemporáneamente, me parece el nombre necesario hoy para tener una justa medida de sí y ofrecer una experiencia de gratuidad y bendición de la cual el mundo tiene necesidad. Estamos cansados, a veces nerviosos y rabiosos, y también las personas a nuestro alrededor, porque vivir es caro. ¡Pero nosotros somos “ricos de familia”! El que dijo “vengan a mí ustedes que están cansados y agobiados...” es nuestro patrimonio y estar con Él nos permite encontrar la benevolencia necesaria. Pero debemos preguntarnos siempre: ¿cuál experiencia de gratuidad, de sobreabundancia, de recibir siempre sin “pagar” ofrece lo que proponemos?

En estos extractos (y muchos otros, obviamente) una organización de laicos como la Acción Católica se torna decisiva para ayudar a la Iglesia a realizar laboratorios estructurales de estilo y para hacer memoria viva para todas las razones del corazón del mundo que son reconocidas, acogidas y compartidas.

Pasiones de la inteligencia

Además de esto, nuestro tiempo nos pide pasiones de la inteligencia, es decir, una capacidad de razón y razones que no se limiten a lo “ya dicho” de la teología clásica, ni mucho menos se refugien en lógicas autorreferenciales de academia, en teorizaciones que se tornan inevitablemente ideológicas, sino más bien que asuman la pasión y el deseo de salir del puro “sentir”, que den voz a una razón humana y vital que nace de la vida y de la práctica y retorna eficazmente a ellas.

Tenemos necesidad de estudiar, hablar y comprender más y no menos en tiempos de transición; tenemos necesidad del esfuerzo de una conciencia también racional para germinar culturas que nos hagan pueblo, una verdadera cultura de la misericordia y de la bendición que identifique al pueblo fiel entre los pueblos pero sin separarlo, sino haciéndolo sal y levadura que se desparrama sin perderse.

Es un lugar realmente delicado éste, suspendido entre un sectarismo cálido y tranquilizador - pero autorreferencial, inconsciente y manipulable- y un academicismo perennemente inquieto y teórico -exacto, pero elitista y ahogado en las distinciones, sustancialmente paralizado.

Encontrar las pasiones de una inteligencia popular y vital es un desafío que un sujeto colectivo, consciente de sí e inclusivo por definición, puede buscar afrontar por el bien de todos.

También aquí presento sólo tres pistas muy breves:

- Pensar lugares y tiempos. Debemos inventar y experimentar los modos para superar una distinción espacial (una para todos: dentro de la iglesia, fuera de la iglesia) y dar forma a nuestro ser laicos que “entran y salen” y, en consecuencia, habitan en los umbrales. ¿Cómo se puede dejar de pensar que hay cosas “religiosas” y cosas que no lo son, y por el contrario experimentar que la vida, toda la vida, es la materia prima de la fe? En sociedades y culturas que han descubierto como valor la distinción entre espacio público y privado y reconocen la legítima pluralidad religiosa en el espacio público, ¿qué modos y formas no aceptan ni una privatización radical de la fe ni las posibles

- tentaciones de diferentes formas de neo-fundamentalismo? ¿Cómo sabrá la Acción Católica convertirse en un lugar público inclusivo de este tipo?
- Como consecuencia de esto, ¿cómo hacer visible y experimentable un servicio calificado en los valores primarios e inclusivos (en los cuales se pueden encontrar todos) de la justicia, de la paz, del recibimiento, del cuidado de la casa y del bien común? Colaborar con todos, cierto... pero por ejemplo, ¿somos conscientes que la sinodalidad no es un solo un desafío de “gestión” de la Iglesia en su interior, sino que podría convertirse también en un laboratorio y en una profecía de modelos de autoridad y colaboración, en formas concretas de vivir juntos y del gobierno por un mundo tentado de populismos y en crisis de democracia? ¿Cómo sabrá la Acción Católica ser un laboratorio de una forma específica de democracia eclesial, semilla de solidaridad y esperanza para la convivencia civil?
 - Rehacer prácticas y pensamientos. Experimentamos continuamente la distancia entre fe “dicha” y vida concreta, entre las palabras “religiosas” y las cotidianas, entre las formas del espíritu (arte, poesía, música...) y las formas de la cultura de masas y de la globalización, entre lo popular y lo elitista... Tenemos necesidad realmente de aprender a crear puentes, no sólo entre las personas, las sociedades y las culturas, sino también en el interior de cada uno, encontrando prácticas cotidianas que expresen y configuren pensamientos verdaderos, gestos elementales que cada uno pueda hacer y que juntos son preformativos de la vida y de las palabras. Tenemos necesidad de encontrar nuestra misma unidad interior. ¿Cómo sabrá la Acción Católica ser consciente lugar de elaboración de culturas nuevas y para todos?

Cuatro notas del pasado para el futuro

Como ya se ha recordado, la Acción Católica «tiene un puesto no contingente históricamente, sino motivado teológicamente en las estructuras eclesiales» y «está llamada a realizar una forma de ministerialidad laical» (PABLO VI, *Discurso a la III Asamblea General de la Acción Católica*, 25 de abril de 1977). Los desafíos que hemos ido indicando han tratado de mostrar cómo es verdad hoy que la Acción Católica es realmente el sujeto que no puede faltar (junto a los otros) si se quiere tomar en serio las preguntas que este tiempo nos plantea.

Del Concilio hemos recibido la importante herencia de cuatro notas identificatorias: la asunción del fin apostólico general de la Iglesia; el carácter laical, también en las responsabilidades de decisión; la forma organizada, como cuerpo orgánico; la colaboración primaria con la jerarquía. Ahora estas notas no son solamente un talento que hay que enterrar y conservar para el retorno del dueño de casa, son más que nada un bien que hay que comerciar, gastar, comprometer, para multiplicarlo y hacerlo fructificar.

-Asumir el fin apostólico de la Iglesia: una Iglesia que hoy se piensa en salida, atenta a las periferias reales y existenciales nos encuentra como laicos que habitan estructuralmente un umbral, como ciudadanos conscientes de dos culturas, que no podemos ser autorreferenciales y replegados sobre sí a costa de negarnos a nosotros mismos.

-El carácter laical: somos personas que creen que la vida, a causa de la creación –es decir, por un motivo teológico- tienen en sí su propio corazón pulsador, esa imagen de Dios que las hace sagradas y preciosas, sin necesidad de recibir adjetivos desde lo externo, de ser etiquetada o amaestrada. Cada vida, la nuestra y la de los otros, aún cuando es confusa o está herida, o tal vez más en ese momento. Cada vida va acompañada para que pueda hacer florecer la semilla preciosa que contiene, según su ritmo y su paso.

-La forma organizada: somos personas que apuestan por la disciplina y el caos de la fraternidad, que sabe que cada sentimiento e impulso piden ser recibidos, y luego también examinados, que la fidelidad al don recibido y la creatividad imaginativa no son contrarias entre sí, sino recíprocas, lo cual es quizás uno de los lugares de testimonio más urgentes.

-La colaboración con la jerarquía: si los pastores se recuerdan a sí mismos que a veces caminan adelante del propio pueblo, a veces mezclados con ellos, a veces detrás siguiéndolo, nosotros apostamos a ser realidad vinculante, a ir delante y detrás entre unos y otros, conociendo bien el cansancio y el deber de sinceridad que este doble cansancio reclama... Caminaremos el doble, y a veces será difícil pedir ir más despacio a

quien corre o de darse prisa a quien se atrasa, y hacerlo con sinceridad y libertad... ¡sean los hermanos o los pastores! Pero ayudar a un pueblo a caminar todos juntos es nuestra alegría...

Quiero concluir con una breve poesía de Derek Walcott que me gustaría considerar nuestro augurio recíproco en esta ocasión... Ya su título (*Amor después del amor*) es un programa.

Tiempo vendrá
en el que, exultante,
te saludarás a ti mismo llegado
a tu propia puerta, en tu propio espejo,
y cada uno sonreirá a la bienvenida del otro
y dirá: siéntate aquí. Come.
Amarás de nuevo al extranjero que era tu yo.
Ofrece vino. Ofrece pan. Devuelve el corazón
a sí mismo, al extranjero que te ha amado
durante toda la vida, que has ignorado
por otro y que te conoce de memoria.
Del estante arroja las cartas de amor,
las fotografías, las notas desesperadas,
desprende tu imagen del espejo.
Siéntate. Es fiesta: tu vida está a la mesa.